te conocimiento? Estás indignada contra tí misma por una debilidad semejante, cual no habrias jamás sospechado; mas yo me temo no sea la última; por lo regular el primer paso es el que mas cuesta, y éste ya está dado. Tú temblarás sin duda de los peligros á que te has expuesto; pero has recurrido, querida mia, al único remedio que podia hacerte escapar de tu ruina, y espero que esto te servirá de una leccion para lo futuro. Renuncia para siempre á esas lecturas, que ha faltado poco para que hayan emponzoñado tu buen natural: aprende á conocer toda la debilidad de tu corazon, á desconfiar de él, y á buscar socorro en los consejos de una hermana que te ama con ternura. Por escrupulosa que sea su virtud, no temas encontrar en ella un censor severo; la verdadera virtud hace tener compasion de las debilidades de los otros, y un celo amargo es solamente propio de los hipócritas. Te conjuro, pues, querida mia, que abras tu corazon con la Marquesa: yo no estaré ni contenta ni tranquila hasta que hayas dado este paso, del que te dejo no obstante la eleccion, porque yo no me olvido de que ahora estoy hablando con una amiga, á quien no tengo derecho alguno de violentar. No me atreveria á dejarte entrever uno de los motivos que me hace desear la hagas tu confidente; temeria prepararte nuevas penas: sin embargo, si contra toda apariencia el Conde tenia algun designio acerca de tí, como indican las últimas palabra dirigidas al Marqués, me parece que tendrás grande necesidad de los consejos de esa querida hermana. Adios, mi amada hija, adios mi tierna amiga, cuenta siempre con el mas sincero y mas vivo cariño, miéntras que continúes en merecerlo por tu confianza.

CARTA XLIV.

DE LA MARQUESA D.*** A MADAMA DE MONTIER.

Vednos aquí en fin en una tierra muy bella á dos leguas de Ginebra, en un paraje que en parte pertenece á la Francia, y en parte á la Saboya, pero la quinta está en la parte de Francia. Hemos empleado un mes entero en nuestro viaje, por las diferentes paradas que hemos hecho en muchos lugares. Nos detuvimos dos dias en San Juan de Morienne, donde vimos hasta qué punto el espíritu de codicia puede llevar los excesos y la locura. La misma tarde de nuestra llegada se representó el último acto de una comedia que habia comenzado algun tiempo antes. Ha yá cerca de dos meses que apare-

ció en esta ciudad un hombre mas que decentemente vestido, le acompañaba su esposa, y como ambos tenian mucho talento y una educacion distinguida, fueron muy pronto admitidos en muchas de las casas principales en que el marido ganó la confianza de los dueños. Fingió pagarles con la suya, y les confesó á cada uno bajo la condicion del mas profundo secreto, que él poseia una ciencia que muchos buscan inútilmente, y que por sus conjuros podia forzar á los espíritus malignos á darle parte de los ocultos tesoros que están bajo de su poder. Se prestó un oido codicioso, y se apresuraron á ganar la amistad del mágico, que despues de haberse hecho algun tiempo de rogar, convino en fin en partir con sus amigos los tesoros que le iban á ser entregados. Le prometieron una obediencia ciega, y él la puso á la prueba por la mas ridícula y la mas impía de todas las imprecaciones. Cuando esta se acabó, escogió para el desenredo un lugar retirado, al pié de un monte, y convidó á que fuesen allí á las diez de la noche cuantos la habian hecho: les advirtió al mismo tiempo que era menester hacer una ofrenda al diablo, y que éste duplicaria lo que le diesen. Los que habian sido bastante locos para creerle, juntaron lo mas precioso que tenian en un saco de tela oscura, que no

habia sido jamás lavada; esta condicion era esencial; se metia allí dinero, plata labrada, diamantes, cada uno segun sus facultades. Llegados al pié de la montaña, encontraron un altar de céspedes, lleno de cirios de cera amarilla, y al lado de este altar al mágico revestido con hábito negro, y armado con su varilla. Principió por advertir á los espectadores que no se espusiesen al espectáculo que se iba á ofrecer á sus ojos, si no tenian un grande valor, porque iban á ver cosas capaces de asustar al hombre mas animoso; y como nadie titubease, figuró con su varilla muchos círculos; pronunció invocaciones, y mandó que echase cada uno su saco en el centro de estos círculos. Reiteró por tres veces la misma ceremonia, y al dar las once, anunció que el diablo iba aparecer. Vieron en efecto una figura mas alta que lo regular, cercada toda de llamas, que armada de un grande látigo lleno de puntas, sacudia sin misericordia á todos los asistentes. Los mas débiles se desmayaron, y á los que les quedaban algunas fuerzas se sirvieron de ellas para huir á carrera abierta, y no se detuvieron hasta la puerta de la ciudad. Allí tuvieron junta sobre lo que debian hacer, y resultó de ellas el tomar pistolas, y volver al campo de batalla para obligar al mágico á res-

tituirles sus sacos, si no podia él apaciguar la furia de este diablo azotador. Habiendo llegado al lugar en que el altar estaba, encontraron la túnica del encantador; y un hombre que habia vuelto en sí les dijo que inútilmente buscarian lo que habian traido. Al huir vosotros, añadió, un silvido hizo acercar á un hombre que traia tres caballos con una maleta cada uno; diéronse prisa á llenarlas de los sacos miéntras que la muger que habia hecho el papel de diablo, se desnudaba de un vestido de tela encerada, sobre la cual habia puesto cohetes que habian producido las llamas. No me he atrevido, dijo este hombre, á moverme de mi puesto, por el temor de ser degollado por estos malvados, á quienes he visto huir con gusto, aunque se llevaban mi dinero. El interes de estos burlados hubiera sido el de ocultar sus tonterias; ellos no lo han hecho, así y cuando hemos dejado este lugar habia muchos presos, y otros han sido obligados á escaparse, para evitar el hacerles compañía (*).

De San Juan de Monrienne fuímos á casa de

(*) Como yo tenia trabajo en creer que pudiese llegar á tal exceso la necedad, me informé de Mr. de Pasier, intendente del Genovesado, de la verdad del hecho; y me dijo haber leido los Autos, que se formaron sobre este particular.

Madama Clermont, que es una prima del Conde, y á la que él nos habia recomendado; recibimos allí, á pesar de nuestra cualidad de proscriptos, toda suerte de atencion y de los amos de la casa. Ellos tienen la familia mas amable, compuesta de dos hijos y una hija; esta última es todo lo que se puede encontrar de mas encantador, un talle perfecto, un aire noble, los ojos hermosísimos; en una palabra, un conjunto que se olvida no óbstante cuando se la oye hablar, pues no puede ménos de admirarse el talento y buen corazon de esta niña. Ella me suplicaba que tomase todo lo que encontraba de hermoso en su casa, y lloraba al ver que yo lo admitia; se levantaba de la mesa muchas veces á cada plato, para llevar á los pobres que estaban en el patio, lo mejor que la daban, y ella se asociaba á mi hijo en estos pequeños viages. Os aseguro, madre querida, que no pude ménos de desear que esta encantadora niña me pudiese pertenecer algun dia, y que ella me ha hecho suspirar dejando su casa, donde no obstante la miman demasiado. No nos detuvimos en Chambery, temerosos de perjudicar á nuestros antiguos amigos en un lugar en donde sus visitas les hubieran perjudicado; pero no tuvimos el mismo miramiento en Annecy, donde el Marqués tiene un pariente le-

jano, que nos obligó á permanecer allí una semana entera; éste es Mr. Vidanne de Saint-Ange, preboste del Cabildo de San Pedro, hombre tan distinguido por su piedad como por su política y talentos. Me enseñó cosas admirables de los Obispos que han sucedido á San Francisco de Sales en esta Diócesis; sobre todo, hubo un Mr. Daranthon que ha retratado en su conducta la de los primeros Obispos, y Mr. de Rousillon de Bernex, muerto hace algunos años, es uno de aquellos á quienes se halla uno inclinado á invocar. Como sus vidas están escritas, las he comprado y os las remitiré en la primera ocasion, porque sé que gustais de semejantes regalos. Hemos visto en diversas ocasiones á los Señores Canónigos de San Pedro, y he deseado mas de una vez veros allí, vos que sois santamente celosa de la honra de la casa del Señor, para que hubiérais visto dignos sucesores de sus discípulos. En primer lugar son pobres; sus canonicatos, apenas valen seiscientas libras, y el Obispo no tiene sino cinco mil cada año: no puede ninguno ser recibido en este cuerpo sin ser Noble ó Doctor; los Canónigos, igualmente que todos los demas eclesiásticos de esta Diócesis, se obligan cuando se ordenan á llevar siempre ropa talar, á no cazar, á renunciar los naipes, y á no sé que otras

muchas cosas, que no contribuyen poco á hacer de ellos el cuerpo mas respetable. Apesar de su pobreza, son limosneros; y en una ciudad que abunda de pobres, tienen muchas veces ocasion de ejercitar esta virtud. El Marqués no se ha cansado durante esta semana de estar con ellos; y la conversacion de estos hombres virtuosos, atentos, y sábios á un mismo tiempo, ha divertido en algun modo sus tristes ideas. Fuímos juntos á visitar el sepulcro de San Francisco de Sales, y pedí á Dios por su intersecion, la paz del corazon para el pobre Marqués; súplica que he reiterado todos los dias en el mismo lugar, y en verdad que ha sido escuchada segun creo. Cuando partimos de Annecy para Ginebra, me confesó mi esposo que principiaba á mirar su desgracia con otros ojos, y que pensaba que ella tendria para él resultas felices. No permaneceremos mas que ocho dias en el lugar en que estamos actualmente, porque el Marqués prometió al Preboste que iria á estarse con él en Aix miéntras se hacen en la Quinta algunos reparos que ha mandado, y por los que se puede discurrir que piensa estar en ella largo tiempo.

Al acercarme á Ginebra, mi corazon se afligió de tal modo que no pude menos de derramar lágrimas por la desgracia de sus habitantes. Mi

dolor se aumentó cuando leí la inscripcion que han puesto encima de sus puertas, á saber: *Despues de las tinieblas la luz.* ¿Qué pensais de esta inscripcion? Me preguntó uno de los principales de la ciudad, que habia salido á recibirnos en su coche una legua de allí. Que se ha invertido el órden de las palabras, le respondí; pues debia decir, *despues de luz tinieblas.* Visitamos lo que hay curioso en esta ciudad, y lo que mas me gustó fué el hospital, y el buen órden y cuidado que tienen de los pobres. Mi esposo, que conoce mucho este pueblo, me asegura que las costumbres de sus habitantes son puras; pero que tienen poca ó ninguna religion. Me esplicaré: hablan con respeto de la Divinidad, se presentan con gran decoro en los templos, cultivan las virtudes morales; pero sobre los dogmas, no se convienen sino en el ódio á la Religion Católica, ódio fundado en la calumnia y preocupacion. El pueblo nos cree idólatras, y aun entre las personas ilustradas se nos atribuyen opiniones tan estravagantes, que no se puede admirar bastante qué gentes de talento hayan adoptado de buena fé tales calumnias. Os aseguro que seria bien fundado el horror que tienen al Catolicismo, si la Iglesia enseñase la décima parte de los errores que la atribuyen. Todo el tiem-

po de mi mancion en esta ciudad, estuve como sitiada de ministros, y sin quererlo, la conversacion fué siempre de controversia. Ví lo que se creia imposible, esto es, una disputa sin acrimonia; y si yo tengo motivo para alabar la moderacion y política de estos señores, creo que no están ellos menos contentos de la mia. Un abismo inmenso nos separa, me decia uno de ellos; echémos en él piedras, le respondí, y procuremos llenarle de ellas: la cosa no es tan dificil como se cree, é inmediatamente entré en una esplicacion de algunos de nuestros dogmas, v. g. la confesion, la invocacion de los Santos, la oracion por los muertos. El Ministro convino en que estos dogmas nada tenian de impío, que antes bien en el modo que yo los explicaba, eran edificantes; pero que yo no habia expuesto mas que mis pensamientos particulares, que seguramente no eran los de mi iglesia. Este es siempre su refran; se lo han dicho mil veces, yo se lo repetí, y ellos rehusan mi testimonio, igualmente que el del Señor Bossuet. Ved aquí, segun pienso, la causa única de nuestra separacion: tienen preocupaciones, y no quieren instruirse; sea que las crean de un modo tan firme, que miren como inútil ponerlas en duda; sea que reputen por cosa indiferente la manera de opinar en materia de Religion,

sea en fin por pereza, negligencia, ó apego á los negocios; las solicitudes de la vida son las espinas que sofocan el buen grano. A propósito de esta cita de la escritura, estos señores no aciertan á volver de la sorpresa que les causa el que yo la sepa de memoria, supuesto dicen ellos, que mi Iglesia prohibe su lectura. Por mas que les juré que esto era una calumnia, no los convencí. Ya os he dicho que habia comprado la vida de Mr. de Bernex: la tenia yo en mi faltriquera, se la enseñé, y le mostré el parage en que aquel Prelado se justificaba de este cargo. Este incidente hizo caer la conversacion sobre los Obispos de Ginebra, que os aseguro son muy venerados en esta ciudad, y se dice que la reunion seria mucho mas fácil, si todos los prelados y eclesiásticos viviesen como el gefe y el cabildo de San Pedro; ellos están edificados de las disposiciones de los canónigos: de treinta que componen el cabildo, no hay uno que no quisiese firmar con su sangre un acto, por el cual abandonarian á los señores de Ginebra todas sus pretensiones á las grandes rentas que les retienen, con la sola condicion de que les restituyesen su Catedral y la libertad de predicar en ella. Salí de Ginebra llena de estimacion por todos los que ví, y penetrada de una conpasion tan tierna, que no dejaré ningun dia de mi vida de pedir para ellos las verdaderas luces, y creo que consentiria sin violencia en regar con mi sangre esta ciudad, para volverla á poner en el número de las que obedecen á la Iglesia. Por lo demas, se detestan allí los dogmas de Calvino sobre la predestinacion y la gracia, y no se pondria sobre este artículo ninguna dificultad. No he tenido tiempo para reconocer la Quinta, que me parece hermosa á la primera vista; pero está mal amueblada, y van á trabajar por todas partes para ponerla como debe estar.

CARTA XLV.

RESPUESTA DE MADAMA MONTIER Á LA MARQUESA.

Te agradezco mucho, querida hija mia, la relacion que me haces de vuestro viage, y del feliz efecto de tus oraciones por el Marqués; admito el presagio que me hace él mismo. Su desgracia no tendrá tan funestos resultados como él temia. Amo á vuestro Preboste y á vuestros Canónigos, á quienes conocia ya un poco, y deseo muy sinceramente que el resto de nuestro clero pudiese merecer el mismo elogio. Este seria el remedio mas eficaz contra la heregía, que ha debido sus

progresos á la ignorancia, y al desarreglo de costumbres de los eclesiásticos. La virtud de aquellos está bajo la salvaguardia de la pobreza, y ésta es una obligacion que deben ellos á los señores de Ginebra, que son los instrumentos de su santificacion; aunque por desgracia para los Ginebrinos, no creo que Dios les tome en cuenta las virtudes que ocasionan. Yo sé muy bien, que jamás es permitido tomar la hacienda del prójimo, y aun cuando en el dia del juicio no tuviesen mas que este cargo que hacerles, no sé cómo podrian salir de él. ¿Pero cuál será su respuesta cuando se vean convencidos del sacrilegio enorme que cometieron, quitándole á Dios los bienes destinados para el decoro de su santo templo, y socorro de los infelices y desvalidos? Tuve hace algun tiempo una larga disputa con uno de los habitantes de esa ciudad, y como venia yo siempre á dar en la observancia del séptimo precepto del Decálogo, y sostenia que no se podia faltar á él sin ofender á Dios, y turbar el órden de la sociedad, él me salió inmediatamente al encuentro con el ejemplo de los hijos de Israel, que habian tomado los vasos de los Egipcios; le respondí con viveza, pasad vuestro lago á pié enjuto, y despues os creeré autorizados para imitar su conducta. Estábamos á la mesa se rió de

mi proposicion, y se quedó así, sin que yo pudiese esperar ni que se aceptase, ni que se pensase en restituir su hacienda á vuestros dignos Canónigos. Me congratulé al leer tu carta de las máximas que te he inspirado en tu juventud, y de las que te has aprovechado tan bien. Aborrezco aquel celo amargo que confunde al herege con el error, y que no puede persuadirse se pueda encontrar nada apreciable en los enemigos de la fé: es menester detestar el error, y compadecerse del que le comete.

Quiero participarte un acontecimiento, que tiene alborotado todo este pais, y que sin duda te interesará, pues pertenece á tu ama de leche, á quien llaman actualmente Madama María, de lo cual se enfada ella muy de veras, pues quiere que la llamen como ántes, María á secas; temo que la quede el apodo. Esta muger tiene una hija que dejaste tú aun muy niña, y que ha llegado á ser una arrogante moza. El hijo del recaudador Lúcas, estaba tan enamorado de ella, que sentó plaza para dar que sentir á su padre por no haberle permitido casarse con ella. La buena María tenia un hermano en París, que habia muchos años que no la escribia sino para decirla que tenia mucho trabajo para vivir; un hombre que venia de París, la dijo que este hermano habia caido malo, y que

no habiendo querido ir al hospital, se consumia en una guardilla. Vé aquí al instante en campaña el buen corazon de tu nodriza: llama á su hija y la dice: mi pobre Marica, tu tio se halla en la mayor miseria, yo habia juntado treinta libras para vestirte, pero cuento tanto con tu bondad, que pienso no sentirás te envie á llevárselas á ese pobre hombre, que está muy malo y necesitado, tú le cuidarás. De muy buena gana, respondió ella, y aquella misma tarde se puso en la barca que pasa cerca de nuestra casa, y llegó á París al dia siguiente por la tarde. Apénas su tio la dió tiempo de abrir la boca para ofrecerle su servicio; ¿vienes, la dijo, á comerme un lado? Te advierto que nada tengo. No quiero, tio mio, seros gravosa, le dijo ella, al contrario, os traigo un poco de dinero. Al oir esta palabra dinero, se apaciguó, y permitió que fuese á buscar un pedazo de vaca para hacerle un caldo; mas este viejo avaro que ya no tenia sino un soplo de vida; viendo á su sobrina á la ventana, se levantó con mucho tiento, y llenó la olla de agua al mismo tiempo que estaba ya el caldo en disposicion de tomarse. Marica, que es buena cristiana, le propuso que se confesase é hiciese llamar un médico; consintió en lo primero porque no costaba nada, pero se negó absolutamente á lo segundo. Despues de haberse confesado, suplicó al sacerdote firmase un papel que él habia escrito, y que era un especie de testamento, por el cual legaba su cama á su sobrina, y los demas muebles á su hermana. Ahora bien: esta cama consistia en un jergon, una sábana hecha pedazos, y en una manta raida; y todos sus muebles se reducian á dos sillas, una mesa, un cofre y algunos trastos. Murió al dia siguiente, y fué enterrado al otro, á las siete de la noche. No la quedaba á Marica sino lo preciso para pasar la barca, por lo que tuvo necesidad de quedarse aquella noche en el desvan en que su tio habia muerto; gracias á que yo la habia quitado el miedo á los difuntos, pues esto la aprovechó para dormir con bastante tranquilidad. Habiéndose despertado segun su costumbre á las cuatro de la mañana, abrió el cofre, y no encontró en él mas que andrajos, que no merecian la pena de llevarse; así que, resolvió vender la tarima y lo demas; y todo lo hubiera dado de buena gana por treinta sueldos, excepto el jergon, que por ser nuevo, le pareció bueno para algo; quiso llevarle cerca de la chimenea para desocupar allí la paja; pero hallándole extremamente pesado, tomó el partido de sacarla á puñados, y de echarla á un lado. Grande fué su sorpresa al ver caer con esta paja piezas de oro y

de plata: pero se aumentó mucho mas, cuando habiendo metido la mano mas adentro, sacó el oro á puñados. Nada exagero, querida hija mia, habia treinta y dos mil libras en el jergon. Atónita la sobrina con semejante hallazgo, vuelve al cofre, revuelve todos los andrajos, y encuentra una chaqueta vieja, que tenia mil remiendos de diversos colores, y que apénas la podia levantar. La pobre Marica creia soñar, y no comprendia cómo su tio se habia dejado morir de miseria al lado de tales tesoros. Sin embargo, no se aturdió, y habiendo vuelto á coser todo lo que habia descosido, deshizo uno de sus guardapiés, en el que envolvió todo lo que habia encontrado en el jergon, y buscando un esportillero, hizo llevar á la barca su tesoro, con el cual llegó aquí diez dias há. A la madre la tocan por su parte veintisiete mil libras, y ella nos trajo todo para pedir consejo á tu padre. Para mayor felicidad el hijo del recaudador estaba en la aldea. Marica declaró á mi marido, que supuesto que su amante la habia buscado en un tiempo en que nada tenia, ella no apreciaba su dinero mas que para repartirlo con él. Fué tu padre á verse con el recaudador, quien apénas podia dar crédito á semejante noticia; pero despues de ver tocar, y retocar el dinero, dió su consentimiento como pue-

des discurrir, de lo íntimo de su corazon. Sacaron al novio de su enganche, y se casaron esta mañana; y como su madre no tiene mas hijos, ella tendrá al pié de sesenta mil libras. Han tenido la buena idea de seguir el consejo de tu padre, y están resueltos á no dejar su estado de labradores con la sola diferencia de que harán valer sus propias tierras, y ya tienen en ajuste una muy buena. Tú harás sobre esta historia tus reflecciones morales; me llaman á comer, y la novia no quiere sentarse á la mesa ántes que yo.

CARTA XLVI.

DE LA MARQUESA D.*** A MADAMA DE MONTIER.

QUERIDA MADRE MIA: admirad las bondades que la Divina Providencia usa conmigo; sin duda quiso evitarme el dolor que me hubiera causado la vista de mi querida ama espirando. La Reina de Cerdeña no existe ya; magestad, riquezas, juventud, nada ha podido libertarla de una temprana muerte. Todo parecia prometerla una larga vida, porque tenia un excelente temperamento. Solo ella ha previsto su fin, y me habló muchas veces de él. El Conde nos escribe que la